

1. Introducción

1.- KAUTSKY, Karl. *LA CUESTIÓN AGRARIA*. Ed. Nuestro Tiempo, México 1974,
Primera Parte: Introducción y capítulo 2.

El modo de producción capitalista es el dominante en la sociedad actual, así como el antagonismo de clase entre capitalistas y proletarios asalariados, es el problema que conmueve y caracteriza el siglo en que vivimos. Pero el modo de producción capitalista, no es la única forma de producción en la sociedad moderna, pues conjuntamente con él vemos todavía vestigios de otros sistemas de producción precapitalista conservados hasta nuestros días, y se pueden descubrir también los gérmenes de un método de producción, nuevo y más elevado, en numerosas formas de la economía estatal y comunal y del sistema cooperativo. Pero la contradicción de clase entre capitalistas y proletarios asalariados, no es el único antagonismo social de nuestro tiempo. Al lado de esas dos clases, y entre ellas, existen muchas otras —las cimas y las capas inferiores de la sociedad; en unas, reyes y cortesanos; en otras, las distintas especies de lumpenproletariado— que, en parte, son formas sociales precapitalistas, y, en parte, están originadas por las necesidades del mismo capital o al menos favorecidas por su desarrollo. Esas diferentes clases, con intereses divergentes y perpetuamente variables, en mutación continua, en parte ascendentes y en parte descendentes, se entrelazan de la manera más compleja, por un lado con los intereses de los capitalistas, y por otro con el de los proletarios, aunque sin coincidir jamás con ellos; y son ellas las que imprimen a las luchas políticas contemporáneas ese carácter de incertidumbre lleno de sorpresas singulares.

El teórico que pretende investigar las leyes fundamentales que regulan la vida de la sociedad moderna no se ha de dejar engañar por esta multitud de fenómenos. Debe estudiar la producción capitalista en su esencia y en sus formas clásicas, separándola de los residuos e influencias de otras formas de producción que la rodean. Por el contrario, el estadista práctico incurrirá en gravísima falta si sólo quisiera estudiar capitalistas y proletarios, como únicos factores de la sociedad actual, haciendo caso omiso de las otras clases.

El Capital de Marx, trata sólo de capitalistas y proletarios. En El 18 Brumario y en Revolución y contrarrevolución en Alemania, del mismo autor, al lado de aquéllos figuran monarcas y lumpenproletariado, campesinos y pequeño burgueses, burócratas y soldados, profesores y estudiantes. De estas capas intermedias, el campesinado que hasta hace poco formaba la mayoría de la población de nuestros

10 Estados, es la que ha preocupado más vivamente a los partidos democráticos y revolucionarios de nuestro siglo. Para estos partidos surgidos en las ciudades, el campesino era un ser misterioso, incomprensible y a veces temible. El que otrora combatiera enérgicamente contra la Iglesia, los príncipes y la nobleza, se aferró ahora tenazmente a estas instituciones; con la misma fuerza con que otras clases luchan por su emancipación, interviene él, a menudo, en favor de sus explotadores, esgrime contra la democracia las mismas armas que ésta le facilitó para su defensa.

La democracia socialista se preocupó muy poco, al principio, del campesino, debido a que aquélla no es un partido democrático popular en el sentido burgués de la palabra, no es una bienhechora universal que pretenda satisfacer los intereses de todas las clases populares por opuestos que sean, sino que es un partido de lucha de clases. La organización del proletariado urbano la ocupó completamente en los primeros años de su existencia. Y esperaba que el desarrollo económico le prepararía el terreno en el campo como en la ciudad y que la lucha entre la pequeña y grande explotación conduciría a la supresión de la primera, de modo que entonces le sería fácil conquistar, incluso como partido puramente proletario, la masa de la población campesina.

Actualmente la socialdemocracia ha tomado tal vuelo que no le basta el campo de acción de las ciudades, pero en cuanto penetra en el campo choca con este poder misterioso que tantas sorpresas ha dado a otros partidos democráticos revolucionarios. Comprende que la pequeña explotación agrícola no tiende a desaparecer rápidamente, que las grandes explotaciones del mismo género ganan terreno muy lentamente en unas partes, perdiéndolo incluso en otras. Toda la teoría económica sobre la que se apoya resulta falsa cuando se trata de aplicarla a la agricultura. Bien es verdad que si tal teoría fracasase aplicada a la agricultura, habría que transformar no sólo la táctica seguida hasta hoy, sino también los principios mismos de la socialdemocracia. W. Sombart, en su último libro, expresa agudamente estas consideraciones.

« Si hay en la vida económica dominios que escapan al proceso de la socialización, debido a que la pequeña explotación tiene en ellos más importancia y es más productiva que la grande, ¿ qué hacemos ? Tal es el problema que con el lema *cuestión agraria* se ofrece a la socialdemocracia. ¿ Es que el ideal colectivista fundado en la gran explotación y el programa elaborado a partir de él han de transformarse radicalmente con relación a los campesinos ? Si así fuera, atendiendo a que la evolución agraria no propende a la gran explotación, ni es ésta tampoco la forma superior en la esfera de la producción agrícola, nos encontraríamos ante

la cuestión fundamental : ¿ Hay que ser demócratas en el sentido que abarquemos en nuestra evolución esas existencias cuyo fundamento es la pequeña explotación, modificando, por consiguiente, nuestro programa y renunciando al objetivo colectivista, o bien habremos de permanecer proletarios, conservar este objetivo e ideal comunista y excluir esos elementos de nuestro movimiento ? [...]

» He tenido que valerme de « si » y de « pero » porque, que yo sepa, no ha podido constatarse con certeza ni cuál es la tendencia evolutiva de la agricultura, ni cuál la forma superior de la explotación de ésta, si es que esta forma existe en la producción agraria. Pero a lo que entiendo, falla aquí en lo esencial el sistema de Marx ; pues, a mi parecer, las deducciones de Marx no pueden transplantarse, sin más, al dominio de la agricultura. En estas cuestiones agrarias, expuso Marx pensamientos de mucha estima ; pero su teoría de la evolución basada en el acrecentamiento de la gran explotación y en la proletarización de las masas, de la cual dimanaría necesariamente el socialismo, es clara sólo para la evolución de la industria. No lo es para la evolución agraria, y me parece que únicamente la investigación científica podrá llenar este vacío que realmente existe¹. »

Tenemos sólo que esperar mucho tiempo para ello. La cuestión controvertida de si es más ventajosa, la grande o la pequeña propiedad territorial, ocupa a los economistas desde hace más de un siglo, sin vislumbrarse el fin del debate. Lo cual no ha sido impedimento para que mientras los teóricos discutían acerca de las ventajas de la pequeña y gran propiedad, conociera la agricultura un poderoso desarrollo, desarrollo que ha de proseguirse clara e indiscutiblemente. Para esto, no hay que detenerse solamente en la lucha entre la grande y pequeña explotación ni considerar la agricultura en sí misma, aislada del contexto global de la producción social.

No cabe duda, y así lo daremos ya por supuesto, que la agricultura no se desarrolla según el mismo plan que la industria, sino que obedece a leyes propias. Pero esto no significa, en modo alguno, que el desarrollo de la agricultura esté en oposición con el de la industria, ni que sean inconciliables entre sí ; por el contrario, creemos más bien poder probar que ambas tienden a un mismo fin, siempre que no se las aisle sino que se las considere como eslabones comunes de un proceso global.

1. *Sozialismus und soziale Bewegung im 19. Jahrhundert* [Socialismo y movimiento social en el siglo XIX], p. III.

12 La teoría marxista del modo de producción capitalista no consiste sencillamente en reducir el desarrollo de este modo de producción a la fórmula « desaparición de la explotación pequeña ante la grande », de manera que quien se sepa de memoria esta fórmula tendría, como quien dice en el bolsillo, la clave de toda la economía moderna. Si se quiere estudiar la cuestión agraria según el método de Marx, no hay que limitarse a la cuestión de saber si la pequeña explotación tiene algún porvenir en la agricultura, sino que, por el contrario, hay que examinar todas las transformaciones de la agricultura bajo el modo de producción capitalista. Es decir, averiguar: Si y cómo el capital se apodera de la agricultura, la transforma y hace insostenibles las viejas formas de producción y de propiedad, y crea la necesidad de otras nuevas.

Sólo cuando hayamos respondido a estos enunciados, podremos ver si la teoría marxista es o no aplicable a la agricultura, y si la supresión de la propiedad privada de los medios de producción ha de detenerse ante el más considerable de los medios de producción, la tierra y el suelo.

Con esto queda claramente trazada nuestra tarea.

2. El campesino y la industria

El modo de producción capitalista se desarrolla (salvo en algunas colonias) en primer lugar en las ciudades, y en la industria. Lo más frecuente es que la agricultura escape a su acción durante mucho tiempo. Pero el desarrollo industrial tiende ya a dar otro carácter a la producción agrícola.

La familia campesina medieval era una comunidad económica total o casi totalmente autosuficiente, no sólo productora de sus propios medios de subsistencia sino también constructora de su casa, muebles y demás utensilios caseros, que fabricaba la mayor parte de sus toscos útiles, curtía las pieles, cardaba el lino y la lana, hacía sus vestidos, etc. El campesino iba al mercado, pero no vendía más que el sobrante de su producción, comprando lo superfluo, a excepción del hierro, del que se servía en la menor cantidad posible. De cómo le fuera en la feria, dependía su satisfacción y boato, pero no su existencia.

Esta sociedad autosuficiente era indestructible. Lo peor que podía suceder era una mala cosecha, un incendio, la invasión de un ejército enemigo. Pero ni aun estos reveses de fortuna agotaban las fuentes de vida, pues no pasaban de ser males pasajeros. Se defendían de las malas cosechas sobre todo con el acopio de gran cantidad de provisiones: el ganado suministraba leche y carne; el bosque y el agua aportaban igualmente su contribución a la mesa. Del mismo bosque se sacaba, en caso de incendio, la madera para reconstruir la casa incendiada. A la aproximación del enemigo, se ocultaba en el bosque con el ganado y los bienes muebles hasta que pasaba el peligro; de suerte que aquél podía devastar el campo, la pradera, el bosque, bases de la vida rural, pero no destruirlos. El daño se reparaba pronto, si existían las fuerzas de trabajo necesarias y los hombres y animales no habían sufrido detrimento grave.

En nuestro siglo, el economista conservador Sismondi ha pintado con vivacidad la agradable situación de estos campesinos independientes, en cuya manera de ser cifraba él su ideal: « La felicidad, tal como nos la ofrece la historia en los gloriosos tiempos de Italia y Grecia, no es desconocida en nuestro siglo. Dondequiera se tropiece con propiedad campesina, se hallará esa comodidad, seguridad y confianza en el porvenir, y esa independencia que aseguran conjuntamente la dicha y la virtud. El campesino que con sus hijos labra la parcela de su propiedad, que no paga arrendamiento a ningún superior ni salario a ningún inferior, que regula su

14 producción por su consumo, que come su trigo, bebe su vino y se viste de su lino y de sus lanas, ése se preocupa muy poco de los precios del mercado, pues tiene poco que vender y que comprar, y jamás se arruinará por crisis comerciales. Lejos de temer el porvenir, lo ve risueño en su esperanza, ya que al provecho de sus hijos y de los siglos venideros dedica todos los instantes que le deja libre el trabajo del año. Poco tiempo le cuesta plantar la semilla que será gigantesco árbol a los cien años; cavar la zanja que desaguará su campo, abrir la acequia y mejorar, en fin, con cuidados constantes y a ratos perdidos, las especies animales y vegetales que le rodean. Su parvo patrimonio es una verdadera caja de ahorros, pronta a recibir todos sus pequeños ingresos y a utilizar todos sus momentos de recreo que el poder siempre activo de la naturaleza fecunda y centuplica. El campesino tiene vivo el sentimiento de esta dicha aneja a la condición de propietario.»¹

Así, con tan vivos colores, pudo pintar hace sesenta años la felicidad de un pequeño campesino uno de los economistas más eminentes de su tiempo. Esta pintura, lisonjera por demás, no conviene, sin embargo, a la generalidad de los campesinos. Sismondi tuvo en cuenta solamente a los de Suiza y de algunas otras regiones de la Italia septentrional. De todos modos, el suyo no es cuadro imaginario, sino pintado del natural por un profundo observador.

Comparando esta situación con la de los actuales campesinos de toda Europa, sin exceptuar los de Suiza, habremos de convenir que desde entonces se ha operado una poderosa revolución económica.

Punto inicial de esta revolución ha sido la disolución que la industria esencialmente urbana y el comercio determinaron en el artesanado campesino.

En el seno de la familia campesina sólo era posible una escasa división del trabajo, que no pasaba de la división entre hombres y mujeres. Por lo que no es de extrañar que la industria urbana haya sobrepasado al artesanado rural, creando para los campesinos útiles e instrumentos que éste no podía suministrar con tanta perfección, y a veces ni fabricarlos tan siquiera. El desarrollo de la industria y del comercio creó asimismo en las ciudades nuevas necesidades que, al igual que los nuevos y perfeccionados instrumentos, entraban en los campos, tanto más rápida e irresistiblemente, cuanto que las relaciones entre la ciudad y el campo eran más activas; necesidades que la industria campesina no podía satisfacer. Las blusas de lino y las pieles de animales

1. J.C.L. Simonde de Sismondi: *Etudes sur l'économie politique*, I, p. 170-171.

15 fueron reemplazadas por los trajes de paño; las alpargatas de esparto cedieron el puesto a las botas de cuero, etcétera. El militarismo, atrayendo los hijos del campo a la ciudad y familiarizándolos con las necesidades de los ciudadanos, facilitó prodigiosamente esta evolución. A él hay que imputarle principalmente la difusión del uso del tabaco y del aguardiente. A la postre, la superioridad de la industria urbana abarcó tan amplio dominio, que dio a los productos de la industria campesina carácter de artículos de lujo, cuyo uso se hizo imposible al parco campesino, renunciando éste, por consecuencia, a su fabricación. Así es como el fenómeno de la industria del algodón, productora de indiana a bajo precio, ha restringido en todas partes el cultivo del lino para el uso personal del campesino, muchas veces hasta suprimirlo del todo.

La liquidación de la industria rural para uso propio del campesino, comenzó ya en la Edad Media, cuando hizo su aparición la pequeña industria urbana. En aquel entonces, esta última no hacía más que infiltrarse en el campo, no rebasaba los límites de los alrededores de las ciudades, y apenas influía en las condiciones de vida de los campesinos. En tiempos en que Sismondi ensalzaba la felicidad campesina, Immermann podía señalar en Munchhausen un rico labrador westfaliano (Hofschulz) que dice: « Un loco que da al herrero la ganancia que él mismo puede ganarse », y del que se dice « que reparaba por su mano todos los pilares, y puertas, marcos, cofres y arcones de la casa, o bien los renovaba si las cosas iban bien dadas. Creo, añade, que, si quisiera, podría hacer de ebanista, logrando construir todo un armario ». En Islandia no existe, hoy por hoy, ningún artesano propiamente dicho; el campesino es el artesano de sí mismo.

Sólo que la industria capitalista tiene tanta superioridad, que logra eliminar rápidamente la industria doméstica rural, y que el sistema de comunicaciones capitalista con sus ferrocarriles, correos y periódicos, difunde las ideas y los productos de la ciudad hasta los rincones más apartados del mundo, logrando subordinar a este proceso a toda la población campesina, no solamente a la de los alrededores de las ciudades.

Cuanto más avanza este proceso, cuanto más languidece la primitiva industria doméstica campesina, más aumenta la necesidad de dinero del campesino, no sólo para comprar cosas superfluas o que, al menos, no le son indispensables, sino también para proveerse de lo necesario. No puede seguir explotando la tierra sin dinero, ni adquirir lo necesario a su manutención.

Simultáneamente, con su necesidad de dinero, crecía y

16 aumentaba también la necesidad crematística de las potencias que explotaban al campesino, de los señores feudales, de los príncipes y demás detentadores del poder del Estado. Esto llevó, como es sabido, a la transformación de los impuestos en especie del campesino, en impuestos monetarios, y a la tendencia a aumentar cada vez más y más estos impuestos. De donde se acrecentó, naturalmente, la necesidad de dinero del campesino.

El único método mediante el cual podía conseguir dinero era convertir en mercancías sus productos, llevarlas al mercado y venderlas. Pero esto no podía hacerlo con productos de su atrasada industria, de los que se convirtió en comprador, sino con aquellos que no producía la industria urbana. A la postre, el campesino se vio obligado a ser lo que modernamente se entiende por campesino, pero que no es lo que había sido desde el principio: un simple agricultor. Y paso a paso, la industria y la agricultura fueron distanciándose la una de la otra, perdiéndose cada vez más aquella independencia, seguridad y buen talante de la existencia campesina que Sismondi vio todavía en algunos lugares entre campesinos libres.

El agricultor cayó así bajo la dependencia del mercado, más incierto y veleidoso que el tiempo. Contra las perfidias de este último podía, al menos, prevalerse hasta cierto punto: con sangrías en el terreno, podía atenuar las consecuencias de la excesiva humedad, o con trabajos de irrigación contrarrestar los efectos de la sequía pertinaz, o bien con densas humaredas preservar sus viñedos de las heladas de la primavera, etc. Pero se vio inerte para impedir la baja de los precios o para hacer vendibles los granos invendibles. De ahí que lo que antes fuera una bendición para él se volviera maldición: una buena cosecha. Esto se comprueba evidentemente al principio del siglo pasado, cuando la producción agrícola de la Europa occidental había adquirido ya generalmente el carácter de producción de mercaderías, pero con medios de comunicación imperfectos e incapacitados para restablecer el equilibrio entre la superabundancia de productos aquí y la escasez allá. Al compás que las malas cosechas hacían subir los precios, las buenas las hacían bajar. En Francia la cosecha de trigo dio el rendimiento siguiente:

Años	Rendimiento medio por hectárea Hectolitros	Precio del hectolitro Francos
1816	9,73	28,31
1817		36,16
1821	12,25	17,79
1822		15,49

Los agricultores franceses en 1821-1822 con una cosecha *aumentada en un tercio*, obtuvieron unos 200 francos por el producto de una hectárea, o sea *un tercio menos* que en 1816-1817. No es de extrañar, por consiguiente, que el rey de Francia expresara a la Cámara su sentimiento de que ninguna ley pudiera « prevenir los inconvenientes que resultan de la abundancia de las cosechas ».

«Cuanto más se transformaba la producción agrícola en producción de mercancías, menos le era posible mantenerse en el estado primitivo de la venta directa del productor al consumidor. Cuanto más lejanos y amplios eran los mercados a los que abastecía el campesino, más imposibilitado se veía para vender directamente a los consumidores, y de ahí la necesidad de un intermediario. El mercader apareció entonces como intermediario entre consumidores y productores; el comerciante conoce el mercado mejor que estos últimos, lo domina en cierta manera y utiliza esto para explotar al campesino.»

Al tratante en cereales y en ganado asocióse pronto el usurero, cuando no era una misma persona. En los años malos los ingresos en dinero del agricultor no cubren su necesidad de metálico; no le queda otro recurso que apelar al crédito e hipotecar su terreno. Y con esto empieza para él una nueva servidumbre, una nueva explotación, la peor de todas: la del capital usurero, de la que se libra difícilmente. No siempre lo consigue, pues con frecuencia la nueva carga es demasiado pesada para él, por lo que al final llega la venta en pública subasta del fundo heredado, para satisfacer con su producto a usurero y agente fiscal. Lo que antes no pudieron conseguir las malas cosechas, el fuego y la espada, lo consiguen ahora las crisis del mercado de granos y de ganado, las cuales acarrear al agricultor, no solamente un mal pasajero, sino que pueden arrebatarse su medio de vida —su tierra— separándole, finalmente, de ella, para convertirlo en proletario. He aquí en lo que viene a parar el bienestar, independencia y seguridad del campesino libre, cuando su industria doméstica destinada a sus propias necesidades se disuelve o pesan sobre él impuestos monetarios. Pero el desarrollo de la industria urbana lleva consigo el germen de la disolución de la familia campesina primitiva. En su origen, un fundo rural contenía tanta tierra como era menester para la alimentación de la familia campesina y, en su caso, para el pago del censo a los propietarios.

«Pero conforme el agricultor iba cayendo bajo la dependencia del mercado, más necesidad tenía de dinero, más era, por lo tanto, el exceso de géneros a producir y vender, y más tierra necesitaba en proporción del número de miembros de su familia, permaneciendo iguales las condiciones de pro-

18 ducción para cubrir sus necesidades. No podía modificar a su deseo el modo de producción, una vez establecido, ni ensanchar su terreno. Pero le estaba permitido disminuir su familia si era demasiado numerosa, alejar del dominio paterno el excedente de extraños en calidad de mozos de granja, de soldados o proletarios urbanos, o enviarlos a América a constituir un hogar nuevo. Así es como la familia campesina se redujo a su mínima expresión.

Otra circunstancia actuó en la misma dirección. La agricultura no es una forma de actividad que exija siempre la misma fuerza humana de trabajo; temporalmente, en tiempo de labranza y sobre todo durante la recolección es cuando reclama muchos brazos, que apenas utiliza en otras épocas. En verano, la demanda de braceros agrícolas es doble, triple a aun cuádruple que en invierno.

Mientras subsistió la industria doméstica rural, esas diferencias en las necesidades de brazos agrícolas no trajeron notables consecuencias; si nada había que hacer, o la faena era corta en el campo, la familia campesina trabajaba en casa. Esto cambió con la desaparición de la industria doméstica rural. Segundo motivo por el que el labriego tiene que reducir su familia al mínimo para no tener ociosos que alimentar en invierno.

No nos referimos aquí sino a los efectos de la desaparición de la industria doméstica campesina. Otros cambios en la producción agrícola los pueden paralizar, como, por ejemplo, el paso de la explotación de pastos a la ganadería intensiva que demanda más trabajo; pero otros cambios pueden, por el contrario, ampliarlo más aún. Así, uno de los trabajos agrícolas invernales más importantes era la trilla de granos. La introducción de la trilladora puso fin a este trabajo, y será, todavía más, motivo importante de una mayor reducción de la familia rural.

Los que quedan tienen que derrengarse, naturalmente, en el verano, sin que sus esfuerzos logren sustituir el trabajo de los que partieron. Hay necesidad de apelar a brazos auxiliares, a *obreros asalariados*, que trabajan en la época de trabajo más penoso, y a los que se puede despedir cuando ya no hacen falta. Por elevados que sean los jornales, resulta más barato que el mantenerlos todo el año, como si fueran de la familia. Pero esta fuerza de trabajo asalariada son campesinos proletarizados que buscan ingresos suplementarios, o hijos e hijas de campesinos que sobran en sus hogares.

La misma evolución que de un lado crea la necesidad de obreros asalariados, crea obreros nuevos, de otro proletariza muchos campesinos, reduce la familia rural, según hemos visto, e inunda el mercado con excedente de hijos e hijas

19 de campesinos. Crea, en fin, entre los pequeños campesinos, la necesidad de ingresos suplementarios obtenidos fuera de su propia explotación. La tierra es demasiado escasa para producir un excedente a las necesidades caseras; carecen de productos agrícolas que llevar al mercado. La sola mercancía que tienen a la venta es su fuerza de trabajo, la cual no es necesaria en la explotación propia, sino temporalmente. Uno de los medios de valorizarla es el trabajo asalariado en las grandes explotaciones.

Hasta el siglo XVII no encontramos, sino muy raramente, jornaleros, mozos y criadas de granjas al servicio de campesinos. A partir de esta época su uso se generaliza. El reemplazo de miembros de la familia por obreros a jornal influye en la condición de los trabajadores que permanecen en el seno de la familia. También éstos van descendiendo al nivel de obreros asalariados que trabajan para el jefe de la familia, al propio tiempo que la propiedad agrícola, la herencia familiar, se hace cada vez más de la exclusiva propiedad de aquél.

La antigua comunidad familiar rural que explota sólo con su trabajo su propio fundo, es reemplazada en las grandes explotaciones por una cohorte de obreros contratados que, al mando del propietario, trabajan para él sus campos, cuidan su ganado, cosechan los frutos.

El antagonismo de clase entre explotador y explotado, entre el poseedor y el proletario, penetra en la aldea y en la vivienda campesina misma y destruye la antigua armonía y comunidad de intereses.

Todo este proceso empezó, como hemos visto, en la Edad Media, pero el modo de producción capitalista lo ha precipitado, al punto de hacer depender de él en todas partes la condición de la población rural. No ha llegado todavía a la meta, y va, actualmente, abarcando nuevas regiones, transformando de continuo nuevos dominios de la producción agrícola de autoconsumo en dominios de producción de mercaderías; aumentando en diferentes maneras la necesidad de dinero en el campesino y sustituyendo el trabajo de la familia por el trabajo asalariado. Por donde el desarrollo del modo de producción capitalista en la ciudad es bastante por sí solo para transformar por completo la existencia del campesino a la antigua, aun sin que el capital intervenga en la producción agrícola y sin crear el antagonismo entre la grande y la pequeña explotación.

Pero el capital no se circunscribe a la industria. En cuanto es suficientemente fuerte se apodera de la agricultura.